

Conversación con Antonio de Senillosa

LA POSIBILIDAD DE LO IMPREVISTO

VICTOR MARQUEZ REVIRIEGO

ANTONIO de Senillosa es o ha sido catalán, niño, topo, arrocero, escritor, director teatral, conspirador, guionista, diputado, libertino («libertin d'esprit», que diría Bayle), moralista, joven, preso político, promotor de espectáculos, crítico taurino, cazador, productor de cine, consejero privado del Conde de Barcelona, padre, hijo, acaso espíritu santo, tal vez demonio, articulista de nombre, elegante de renombre y un montón de cosas más. Ni él mismo sabe qué será mañana. Hay que definir a Senillosa, por un lado, como proteico conjunto de esta pasada o presente acumulación de haceres, con lo que Leo Spitzer llamaría «la enumeración caótica». Y, por otro, con una interrogante. Senillosa gusta de citar las frases de su amigo Mario Lacruz en *La tarde*: «Más pronto o más tarde, llega un momento en que sabemos con certeza que la

posibilidad de lo imprevisto ya no puede introducirse en nuestra vida; y en este momento comenzamos a envejecer»...

Este caótico enumerado es un enamorado de lo imprevisto y mantiene viva esa posibilidad. Tiene ahora cincuenta y dos años. Fue detenido en 1945, 1947 y 1957. Es presidente del Partido Popular de Cataluña y diputado por Coalición Democrática. Está casado y tiene seis hijos.

La siguiente entrevista es fruto de dos largas sesiones en su casa madrileña. Una acogedora buhardilla del Madrid antiguo y señorial, cercana al Senado (Senillosa tiene un vago aire de senador sagastino pintado por Asterio Mañanós) y del recuerdo y, recuerdo de algunos paseos por los alfombrados pasillos del Congreso, entre votación y votación, mientras algún orador ocupaba la tribuna donde habló Castelar, pongamos por caso.

-Vamos a empezar por el principio: tu padre y tu madre.

-Mi padre era un ingeniero director de lo que se llamaba entonces la Canadiense. Era un hombre que trabajaba mucho. No era persona que fuera política. Era persona vagamente de derechas, pero que no se metió jamás en política. Monárquico. Mi madre era muy monárquica y más activista. A mi madre le gustaba más la política y pertenecía a Renovación Española, que sería algo parecido, casi creo que parecido a Fuerza Nueva, porque Calvo Sotelo era un hombre de una derecha bastante radical, aunque fuera un hombre muy atractivo, muy simpático. Las circunstancias históricas fueron distintas que ahora.

-Durante la guerra vas a Burgos, como algunos catalanes del lado nacional...

-Creo (y lo digo como disculpa de mis padres) que al estallar el alzamiento nadie sabía que aquello iba a ser una guerra civil. Y entonces mis padres se fueron con mis dos hermanos mayores y yo y mi otro hermano (yo soy el pequeño) nos quedamos aquí. Tenía siete años. Llegamos tarde a un barco que nos tenía que



Tiene un vago aire de senador sagastino pintado por Asterio Mañanós y es articulista de nombre y elegante de renombre...

haber llevado. Mi padre salió en un portaviones inglés que luego hundirían los alemanes. Mi madre y mis dos hermanos mayores en un barco italiano. Llegaron a Génova y los trataron muy bien. Era los españoles que venían huyendo de la República.

-¿Qué fue de ti y de tu hermano?

-Mis padres creían que esto era un pronunciamiento y que iba a durar unos días. Se fueron para ver pasar desde fuera los malos momentos, pues aquí los hubo en los dos bandos y no se puede hacer una idealización de un bando en contra del otro, se cometían barbaridades en los dos, y realmente pues a mi padre le iban a buscar para matarlo. Y, en fin, se fue. Y quedamos abandonados. Lo cual parece monstruoso visto que la guerra duró luego tres años. Yo tenía una especie de muchacha -lo que entonces se llamaba un ama- y el ama me fue llevando de un lado para otro y nadie me quería porque éramos hijos como de unos fascistas que habían huido. Al final unos porteros de una casa que era de mi madre nos recogieron...

-Y de allí a Burgos.



Homenaje a Dionisio Ridruejo en 1976, suspendido. Habla Rodrigo Uría. En la mesa, entre otros, Enterría, Pujol, Lain, García López, Sarrástegui, Felipe González, Gil Robles y Antonio de Senillosa.

-No, no. Viví en la portería escondido hasta que me pasaron a casa de unos vagos parientes de mi madre que eran hombres moderados. No tan de derechas como mi familia, que los consideraba mal por ser catalanistas y de la Lliga, que eran para ellos como rojos. Allí estuve escondido, realmente escondido, en una trampa, una especie de túnel de una fábrica de betún para los zapatos.

El señor Piñero, ferroviario

-¿Cuánto tiempo?

-Estuve hasta que mis padres, cuando vieron que la cosa iba en serio, pudieron hacer un canje con una niña hija de un ferroviario republicano y que estaba muy en el poder, que era muy importante. Se llamaba Piñero o algo así y tenía una hija estudiando en Segovia. Entonces se hizo el canje por medio del general Barrera y el general Martínez Anido. Canjearon a la niña por mi hermano y por mí.

-¿Das por una.

-Mis padres llevaron a la niña a la frontera de Hendaya y a mí un francés (que era de estos maurrasianos, de la Croix de Feu) nos llevó a Perthus, a la frontera de Cataluña.

-¿Cómo se hacía el canje?

-Te llevaban de la mano y no te soltaban hasta que no recogían al otro, que yo supongo que si no me hubieran soltado a mí, mi padre no se hubiera comido con patatas a la niña.

-¿Te acuerdas de ella?

-Era una niña que tenía mi edad y que para escarnio del pobre hombre éste, el señor Piñero, que era ateo ferviente, la llevaban vestida de primera comunión, que era un poco un traje de novia. O sea, que el señor Piñero, ferroviario, debió tener un shock traumático tremendo.

-¿Cuándo fue esto?

-Yo me paso escondido, en el sentido vivo, desde julio del treinta y seis, todo el treinta y siete, hasta febrero del treinta y ocho. Yo creo que a mediados de febrero.

-Fuiste el topo más joven de España.

-Sí, sí.

-Eso fue duro.

-Cogí la época menos mala, porque realmente no llegué a pasar hambre. A veces comía unas cosas que se llamaban pan de marino o pan de barco que era un pan duro, completamente duro, que lo metías en agua y lo tenías veinte minutos o media hora y se reblandecía. Pero hambre canina no pasé.

Los padres, usteados

-¿Cómo fue el reencuentro con tus padres?

-Recuerdo que llegué a la España nacional un día que había una cosa que se llamaba «plato único». Pasé la frontera y fui a comer a Pamplona con mis padres a los que yo, claro, después de cerca de dos años de no verles, me resultaban unos seres total y absolutamente extraños. Vamos: ¡Yo los trataba de usted!

-¿Y con tus hermanos?

-Mis hermanos mayores estaban avergonzados de mí porque hablaba con un acento catalán tremendo. Había estado más de año y medio encerrado y escondido y casi no sabía hablar. Mi hermano mayor iba vestido como de requeté, porque se vestían todos así; debía de tener él pues la edad del pavo, catorce años, y presumía mucho. Me ha contado luego muchas veces que estaba avergonzado. Ten en cuenta que llegaba un niño que no sabía hablar, que era un niño mal vestido, ordinario y con gran acento catalán. En Burgos la gente se coñeaba porque no sabía hablar bien castellano... Luego, como Burgos me sentaba mal, me llevaron a

Zaragoza y a San Sebastián hasta el final de la guerra. Cuando vuelvo a Barcelona empiezo a estudiar con los jesuitas de la calle Caspe.

-Y ahí conoces a Carlos Barral. ¿Cómo era de jovencito?

-Era una persona brillante, realmente brillante, inteligente, un hombre de gran agilidad mental, más estudioso que yo. Yo iba trampeando. Tenía fama más bien de listorro, pero de listorro vago. En cambio Barral era un brillante que estudiaba. Yo creo que Barral estudiaba por miedo, por miedo a las represalias porque era la época de un militarismo tremebundo, los años cuarenta, dominados los jesuitas por un padre alemán que se llamaba Hans Gumbel, el padre prefecto...

Como en la Home Fleet

-Y llevabas una bandera inglesa, como un navío de la Home Fleet...

-Sí; pero no porque fuera anglofilo, sino por molestar al padre Gumbel, que era un nazi. Una de las expulsiones mías fue por poner «Muera Hitler», pero no era por tener tampoco una gran concienciación de lo que era Hitler. A mí me molestaba mucho. Mussolini me molestaba menos. Me parecía un emperador romano. Era un hombre más bonito, un poco ridículo, un poco fantasma. Sí, llevaba la bandera por antipatía a los alemanes. Todo el mundo en aquella época era germanófilo. Carlos, no. Porque en mi familia, por ejemplo, tenían la sensación de que si ganaban la guerra los aliados volverían lo que entonces ellos llamaban los rojos.

-Tú ya eras culturalmente afrancesado.

-Pasábamos el verano en una casa de mi familia, cerca de Francia. Yo pasaba mucho a Francia y empecé a leer mucho en francés y a conocer a los escritores franceses cuando aquí se conocían poco o nada. Yo recuerdo, luego, en el café Gijón pues hablar y tal con Buero y Buero decirme «Ah, sí, Albert Camus, ah, sí hay unas traducciones en la editorial Losada de unas obras de él». Nadie había leído a Camus de verdad. Y recuerdo también en la Universidad hablar de Malraux y menos don Luis de Valdeavellano nadie sabía quién era.

-Don Luis García de Valdeavellano, también fue profesor mío.

-Fumaba cigarrillos Ideales. Paseá-

SENILLOSA

bamos por el Paseo de Gracia, con Estapé y Juan Raventós...

-¿Qué tal Estapé?

-Estapé fue realmente allí un oasis, hay que decir la verdad, fue un oasis de civilización: un hombre blasfemo en aquella época, atrevido, representaba la extremísima izquierda.

-Y entras en la oposición...

-Realmente, la oposición al franquismo nace de una parte de los vencedores. ¿Por qué? Pues porque los perdedores están escaqueados y camuflados, escondidos o se han exiliado o los han fusilado. Y la oposición al franquismo en este nivel donde no existe entonces el partido o al menos no teníamos conciencia de ello, pues nace de unos manifiestos en el año cuarenta y cinco y en el cuarenta y siete de don Juan. O sea, que es don Juan el que obliga a los monárquicos que le quieran seguir a ser demócratas. El hizo un manifiesto que yo cojo con gran simpatía.

-Y te peleas con los franquistas.

-Entonces a los monárquicos nos miraban como bichos raros, pero mucha gente se puso al lado nuestro porque representábamos la lucha de una mentalidad liberal contra el totalitarismo. José Agustín Goytisolo se peleó junto conmigo a puñetazo limpio, aparte de por amistad, porque era consciente de eso.

-El gobernador Acedo Colunga te llama entonces «monárquico comunista». O sea, que fuiste el antecedente de Santiago Carrillo.

-Acedo me llamó monárquico-comunista y me metió en la cárcel y, dijo que yo era incapaz de la convivencia social y un enemigo público.

Juan Bautista Sánchez, general

-¿Cuándo conoces al capitán general Juan Bautista Sánchez?

-Cuando ya estaba en la Universidad. Era muy buena persona, muy honrado, no un hombre excesivamente culto, era un hombre... en fin, que le gustaba mucho Chamaco. Yo iba a los toros a la barrera y él se metía con todo el mundo que no era chamaquista...

-Esto ya es en los años cincuenta.

-Sí. Yo soy profesor ayudante en la facultad de Derecho.

-Con Estapé.

-Con Estapé.

-¿De qué daba clase Estapé?

-De Historia del Derecho y luego de Economía. El fue primero auxiliar de Valdeavellano.

-Raventós también andaba por allí.

-Raventós también estaba. Más

seriamente que yo. Era más profesor ayudante que yo...

-Y más agarrado también. Su tacañería era proverbial.

-Sin duda.

-Y eso que era rico por su casa.

-Era un Raventós Carner y vivían en la calle Angli, en una casa. Su madre vivía en la parte noble, en la parte baja, y él vivía arriba. Ahora vive en toda la casa, al morir su madre... Y un día me enseñó a mí, pero como una mierdecita de pluma y me dijo «Ves esta pluma: pues mira yo bajaba en el tren de Sarriá y mi madre me daba dinero todo el bachillerato y toda la carrera para que yo fuera en segunda (entonces había segunda y tercera) y yo iba en tercera y ahorrraba... No sé si debía ahorrar diez céntimos en cada viaje de éstos y después de diez años, entre bachillerato y carrera y tal, me decía «ves, el ahorro me ha hecho comprarme esta



El gobernador Acedo Colunga le llamó «monárquico comunista». O sea: un antecedente de Santiago Carrillo.

pluma». Porque si se hubiera comprado un Rolls pues a lo mejor valía la pena ¿no? pero si no sé si valía la pena estar ahorrando tanto...

-Y en lo demás, ¿qué tal hombre era?

-Juan era un hombre honrado, decente. Se le quería. No era un hombre de matices; era un hombre de una sola pieza.

-Volvamos a Juan Bautista Sánchez.

-Sostenía que Franco se tenía que ir y que tenía que llegar Don Juan. Esta era la teoría. Yo recuerdo que un día con el barón de Viver que era el jefe de la causa monárquica, fuimos a verle. Recuerdo esta vez porque fue

muy emocionante y Viver se emocionó. Y entonces el capitán general dijo nada este Franco se ha de ir, hay que convencerle que se vaya por el puerto, con todos los honores pero que se vaya, se ha de ir y ha de venir don Juan que es el heredero de la corona de España, y se ha de ir Franco con todos los honores, se le puede dar un título, por ejemplo príncipe de la paz, lo cual, claro, no sabía lo de Godoy, pues que le den el título de príncipe de la paz, pero que se vaya y que venga don Juan. Y entonces el barón de Viver estaba entusiasmado, ¡me miraba con unos aires! Y yo entonces le dije «Bueno, general» (porque él siempre decía «Apéennme del tratamiento», era un hombre muy sencillo) «General ¿y si no se quiere ir?». Y entonces él me contestó: «Entonces yo ya sé cuál es mi deber». Y así acabó esta entrevista. Cuando salimos Viver, el barón de Viver, me dijo: «Ya ves, ya está. La monarquía de aquí a unos días. Tenemos la monarquía.» Pero yo le dije: «No lo has entendido. Su deber quiere decir obedecer y no hacer nada más.» Y así fue.

-¿Qué hubo de los extraños rumores de su muerte?

-Después de estas historias yo fui detenido y salí de la cárcel el día que enterraban a Juan Bautista Sánchez. Estuve en el entierro con Juan Raventós y fue una manifestación popular de duelo, porque la gente entendió que le habían matado, lo cual para mí no era cierto.

-¿Cuál es tu versión?

-Mi versión es que le llamó el general Muñoz Grandes cuando iba a salir a unas maniobras a la Cerdeña, a Puigcerdá. Y entonces le dijeron Bautista Sánchez entrega el mando y no vayas a las maniobras. Y el día que cuando vuelva ya pensaré lo que tengo que hacer, de momento me niego a darlo e hizo una especie de plante. Y yo creo que allí, prácticamente en el teléfono, tuvo un ataque y se murió porque sufría del corazón.

Dionisio en la frontera

-Intervienes también en el llamado «contubernio de Munich».

Yo recibí una llamada de Fernando Álvarez de Miranda y me dice te van a ir a ver unos amigos y que los atendieras y tal. Entonces me llama un señor y me dice «somos los amigos de don Fernando Álvarez de Miranda, podía usted vernos en la calle Calvet». Era una casa de pisos donde

vivían unas señoras que se llamaban Ros que eran —entonces yo no lo sabía— familia de Dionisio. Vamos: una era la madre de Gloria, la mujer de Dionisio... Bueno, entonces yo fui allí, todo con un aire muy conspirativo, y la puerta estaba abierta, era una casa de pisos, y entré y salió un señor que yo no conocía y me dijo «Yo me imaginaba que era usted mayor... Y yo «Pues mire usted, esto con la edad ya se pasa». Y este señor era un novelista que se llamaba Suárez Carreño...

—Sí, el premio Nadal de «Las últimas horas».

—Luego llegó Dionisio Ridruejo. Hizo una entrada bonita. Dionisio era un líder político de una gran calidad humana... Hizo una entrada un poco chan-chan-cha y dijo «Ah, es usted»; nos usteamos, nos sentamos. Entonces me dijo: «Yo me imaginaba que era usted mucho mayor». Por lo visto yo debía tener más bien cara de niño, no sé. Era un comentario que más bien me halagaba.

—¿Qué edad tenías?

—Pues cuando Munich fue el año sesenta, así que...

—No. Fue el sesenta y dos.

—O sea, que yo tenía treinta y tres o treinta y cuatro años... Entonces me dijo, me han dicho que usted tiene una casa que es la mitad Francia y la mitad España y la mitad España, pero

—¿Una casa o una finca?

—Una finca... Y que me gustaría ir a Munich... Yo dije esto es inexacto, yo no tengo ninguna finca que sea la mitad Francia y la mitad España, pero usted lo que quiere es pasar a Francia y yo le pasaré, ya veremos cómo.

—¿Quiénes venían con Dionisio?

—Eran Fernando Baeza, Suárez Carreño, en la operación estaba también un personaje que era el documentado y con el pasaporte que era Pepín Vidal Baneyto, un personaje la verdad... y un chico que se llamaba Villar.

—Villar ¿qué?

—No recuerdo. Un tal Villar que era socialista. En aquel momento estaban los socialistas del interior y los del exterior peleándose a muerte. Rodolfo (Llopis) tenía la patente y el dinero...

—Entonces ese «tal Villar» es Antonio Villar Massó ¿sabes lo que es este señor ahora?

—Pues este es un señor que ha desaparecido.

—No, ¡qué va! Es, de hecho, la persona más importante de la masonería española actual, según el libro de Lera sobre «La Masonería que vuelve». Es Gran Maestro Adjunto del Grande Oriente Español...

—Antonio Villar Massó ¿alto?

—Sí, sí.



El capitán general Juan Bautista Sánchez, cuando era coronel habilitado de general de brigada. Su muerte no fue un asesinato.

pendiente hasta cierto punto del Instituto de Estudios Hispánicos. Había también un seminario de poesía que estaban Barral, Costafreda y Oliart y se llamaba «Boscán». Yo debuté con una lectura en el aula magna de la Universidad con un follón del demonio. La obra era «Los árboles mueren de pie», de Alejandro Casona, y consideraban que Casona era un rojo, un español sin pasaporte, nos insultaron, a mí me llamaron a declarar...

Albert Camus protesta

—Tenías también el Teatro Club.

—Sí. Ahí nos dejaban hacer una obra como si fuera para socios y para una sola sesión. La hacían actores profesionales y yo hice una obra con Lola Membrives. Hice (para que veas el tono de lo que era prohibido) «Living-room», de Graham Greene y la hicieron pues Manuel Dicenta y Laly Soldevilla. Y otras obras de O'Neill con Antonio Gándia, Pepe Franco, Elenita Salvador... Eran actores muy buenos y era admirable porque ensayábamos sin ningunas condiciones, tomando cazalla, y ensayábamos cuando se acababa la obra a lo mejor desde las dos a las seis de la mañana. Y para una sola representación.

—¿Cuándo conoces a Camus?

—Entonces yo tenía este teatro con Mario Lacruz, pero antes de estar con él, yo quise hacer una obra que a mí me gustaba mucho y que la había visto en París, que la hacían María Casares y Gerard Philippe y así yo conocí a Camus. Era «Los justos».

—¿Cómo era Albert Camus?

—Era muy simpático, tímido, seco. No hablaba español. El había traducido a Calderón, pero hacían estas cosas que hacen en Francia, que hacen la traducción en dos tiempos, entre dos. Su madre era analfabeta y española. Hay una historia preciosa y es que Camus la va a ver a Argelia porque ya está enferma, y le dice «Mamá, ya ves, te vengo a ver y he dejado de ver por verte a ti al presidente, que me recibía hoy». Era el presidente Auriol. Y la madre le contestó «Has hecho bien, hijo mío, estas no son gentes para nosotros»...

—¿Qué pasó con «Los justos»?

—Le gustó mucho el montaje que yo pensaba hacer, pero yo le dije que no sabía si pasaría la censura. Y me

—Le acusaban allí de ser un poco espía o poco menos. Yo siempre creí que era una vil calumnia, de éstas que se lanzaban los socialistas entre ellos y Rodolfo Llopis les insultaba y ellos insultaban a Rodolfo Llopis.

—¿Cómo fue el paso de las Pirineos?

—Empezamos a estudiar la operación con mapas y yo le dije a Dionisio cómo quieres que pasemos, tú cómo quieres ir: por tierra, por mar o por aire; en fin, yo hago lo que sea, pido una avioneta y te paso por aire o te paso por barco o te paso por tierra y tal... Después de estudiar mucho la operación los llevé fuera, a una hora de Barcelona, en un sitio de la Plana de Vich que era de mi madre política, de mi suegro, que me dejó la casa. Una casa muy bonita. Y estuvimos allí discutiendo de todo lo divino y de lo humano. Metí también en la operación a un par de personas amigas mías, monárquicas Francisco Sitjá y José Luis Zurrulluella y llamé a Juan Raventós. Y Juan Raventós que era un hombre un poco amedrentado que decía «cuidado, que nos siguen, que nos espían» y tal, aportó un señor que conocía la montaña y que era un como hijastro de Julio Coll que era un hombre que escribía de teatro y que hizo cine luego...

—¿El de «Distrito Quinto» y «Un vaso de whisky»?

—Este. Y este chico era un hijastro de él.

—¿Y tan mayor era Julio Coll, entonces?

—Es que se había casado con una viuda y esta viuda tenía un hijo que se llamaba Estartús o así.

—No sé qué ha sido de Julio Coll.

—Yo tampoco. Se portó muy bien en algunos apuros que yo tenía cuando fundé un seminario que se llamaba «Federico García Lorca», de-

SENILLOSA

dedicó un libro que ponía para Antonio y tal estos justos por encima de toda censura. Y a Laly Soldevilla —porque la iban a hacer Adolfo Marsillac y Laly Soldevilla—, a Laly le puso «Pour»... tal, agradeciéndole que haga hablar a Dora en nombre de los justos de todo el mundo. Entonces, nadie habló, nadie dejó hablar a Dora, sino que dijeron esto es un escrito monstruoso, es una apología del terrorismo y lo prohibieron. Y yo le mandé una carta diciéndole lo siento mucho querido Albert pero no nos dejan hacer «Los justos». Entonces él, que era orgulloso, me mandó una carta diciendo te pido permiso para protestar al general Franco de esta prohibición y entonces yo le mandé una carta diciéndole que estaba de acuerdo y luego me mandó una carta, yo creo que muchas de ellas las he perdido a base de tanto esconderlas para que la policía no las cogiera y algún día tendré que llamar a un policía para que las encuentre, porque un profesional las encontraría... Total, al final no se hizo nada.

Juan Bronté Goytisolo

—A Françoise Dorleac la conoces más tarde.

—Sí. En un festival de Cannes al que me invitaron porque yo había ayudado a producir la primera película de Jaime Camino «Los felices sesenta». Entonces un día nos dieron una cena a Camino y a mí, en un molino muy bonito cerca de Cannes, y tenían allí una máquina fotográfica que aquí no había llegado, una cámara como Polaroid y nos sacaban fotos a todos los que estábamos allí: Demy, que estaba casado yo creo con Agnès Varda, Goddard, Truffaut, Polanski, que se ponía la manos en los bolsillos y contaba chistes verdes... Y eran fotos de muchos colorines y todos decíamos «Les parapluies de Cherburgo» y dos hermanas hermosas, a mí me gustaba mucho más Françoise Dorleac que Catherine Deneuve... Algunos estuvieron luego en mi casa y yo les hice un flamenco y yo recuerdo que, qué... ay, no sé, te iba a contar algo bastante, bastante... ah, sí, que a mí me sorprendió que toda la gente de la «nouvelle vague» tenían un conocimiento muy pequeñito de España y muy relativo.

—¿Por qué?

—A mí me decían todos, me decían «Usted es hermano de Goytisolo», porque ellos conocían a un español que era Juan Goytisolo. Se ve que no debo ser muy distinto, no sé...

—Es que como los hermanos Goytisolo son infinitos...

—Sí. Eran un poco como las hermanas Bronté de la literatura española.

—Bien. Hablemos de religión.

—Yo creo que el tema religioso pertenece a la esfera individual.

—Así es. ¿Y los negocios?

—Soy muy poco hombre de negocios. Hice una explotación de arroz que luego vendí, en una finca que llamaban «El matá» porque mataba todo, porque entraba el mar, y la convertí en una finca que producía cuatrocientos mil kilos de arroz y fundé una cooperativa que se llamaba la Cooperativa Arrocería de la zona de Palls...

—¿Y el Boccacio?

—Respondía a la sociedad catalana que es mucho más viva y receptiva, menos estancada que la de Madrid. Se mezclaba allí el intelectual pues con una señora muy guapa que a lo mejor era modelo de no sé dónde y el torero que iba a torear a Barcelona y había mesas que eran deliciosas porque coincidían Paco Camino con Aranguren y con Miss España y esto tenía un cierto tono de socialización de la diversión. Las fiestas de sociedad entre estamentos muy delimitados son aburridas porque todo el mundo ya se conoce...

—¿Y el de Madrid?

—En Madrid no ha sido nunca el Boccacio como el Boccacio de la primera época en Barcelona. Cuando se hizo el de aquí yo era entonces presidente de Boccacio y aquí se hizo un Boccacio mucho más grande, menos íntimo. En el de Barcelona la calidad estuvo siempre en las mesas de arriba, no en las mesas del bailoteo. Yo no he bailado jamás. Soy absolutamente patoso para toda clase de bailes, para la sardana y para todos...

—También fuiste crítico taurino.

—Sí. Estuve en la «Hoja del Lunes» de Madrid, escribía en «Destino» y en otras publicaciones. Firmaba como «Seny».

—¿Cuál es tu torero?

—A mí me gustó mucho siempre Ordóñez, que era un torero de toreo hondo. Soy muy amigo de todos ellos y jamás escribía cuando me brindaban un toro, porque si le brindan a uno no tiene porqué enjuiciar lo que le han ofrecido. Soy muy amigo de Paco Camino.

—Que también lo es de Fraga, ¿es el torero de Coalición Democrática?

—No tiene nada que ver. Pero el hombre está agradecido a Fraga de cuando éste era ministro de Información y Turismo y le tiene un gran aprecio personal. Paco es un hombre inteligente, la cabeza le funciona muy bien. Lo que le ha faltado quizás a

Paco es una gran personalidad, desde el punto de vista taurino. Es un hombre que ha cogido unas cositas de todos los toreros, pero no ha sido un torero de gran profundidad.

—¿Eres deportista?

—Soy cazador. Soy una escopeta aceptable. Buenó, diría un poco como dicen las aprendices de vejetes. «¿A qué se dedica usted?». «Pues a natación, a montar a caballo, y sólo me desnudo por exigencias del guión». No he sido un deportista bueno en nada.

—Lo que sí eres es un buen lector. ¿Y escritor de artículos. ¿Libros?

—No he escrito jamás ningún libro.

—Guiones, sí.

—Sí. Con Ricardo Bofill, con Gonzalo Suárez y con Joaquín Jordá, quisimos hacer una película y llamamos a un hombre entonces muy poco conocido, que era Néstor Almendros. Era un catalán que había intervenido en la revolución cubana, luego se había desengañado y él era mucho más del otro, ¿cómo se llamaba el otro?

—Dorticós, Oswaldo Dorticós.

—Yo intervine para que le dejaran ver a su madre, porque no podía volver y tal, y le dije al embajador cubano: este señor no se ha metido jamás en política desde la revolución del 26 de no sé cuándo...

—26 de julio.

—Eso, el 26 de julio. Entonces le llamamos. Era un hombre muy atacado de la vista, como casi toda la gente que se apoya en la cámara. Es curioso que también lo era Luis Cuadrado, con el que yo había cazado patos en la finca esta de los arroces. Es como los cazadores: yo creo que hay cazadores que se quedan sordos por tanto tirar tiros.

Los políticos, ellos

—Esto está lleno de libros, sobre todo franceses («Ici et maintenant», de Mitterrand; «Le système des objets», de Baudrillard, etc. y Benoist, Henry-Lévy, Glucksmann, etc.) Has leído todos los libros y además a los «nuevos filósofos», ¿los hay en España?

—Yo no los conozco. Una de las cosas que aprendí de Tarradellas es que cuando alguien no le gusta dice: «No le conozco». Por ejemplo, el otro día alguien dice: «El señor Roca Junyent»; y Tarradellas dice: «¿El señor Roca Junyent? No le conozco».

—¿Y a quién desconoce más Tarradellas: a Roca o a Pujol?

—El conocimiento da una escala de valores muy diversa. Hay muchas maneras de tocar el piano. Y sólo hay una que es no tocar el piano.



RAMÓN RODRÍGUEZ

-Tu amistad con Areilza es antigua.

-No es tan lejana como la gente se imagina. Areilza, en un momento determinado de la causa monárquica, fue nombrado secretario político del conde de Barcelona y quiso que Santiago Nadal, Félix Valls Taberner y yo nos encargáramos de la secretaría política en Cataluña. Yo no le conocía de nada y no le miraba con una gran simpatía, pues para mí era un señor que había sido embajador en el franquismo; me parecía, sí, un hombre inteligente. Luego le empecé a conocer y claro es un hombre que tiene una gran cultura, es un hombre de una gran calidad humana; en fin, es un hombre que está muy por encima de lo que hay y es mucho más progresista de lo que la gente se imagina y al que le interesan mucho las cosas nuevas, las cosas jóvenes, está muy al día. Creo que mi amistad con Areilza, si no me ha servido, ni he pretendido yo que me sirviera, para encaramarme en puestos, sí me ha enriquecido; y creo que yo también le he ido bien a él.

-¿Eres amigo de Fraga o sólo aliado coyuntural?

-A Fraga yo le tengo un respeto en cuanto que es un gran profesional y yo respeto a los profesionales. Hoy le contaba a Juan Luis Cebrián que fui un día a reirme de Raphael y compré todas las primeras filas para invitar a los amigos y fuimos todos a reírnos y al cabo de media hora yo le aplaudía.

-Porque era profesional.

-Yo el profesionalismo lo respeto

mucho. Fraga, también. Creo que es un hombre que si hacen una guillotina para guillotinarlo y la guillotina está bien hecha, la cuchilla afilada, la madera limpia, dirá: «Admirable guillotina». «Oiga: que es para cortarle a usted la cabeza». «Nada, no importa: hay que reconocer que está muy bien hecha». Tiene algo de «El puente sobre el río Kwai».

-Y Suárez, ¿es un profesional o un aficionado?

-Partir de la base de que el hombre que está al frente del país es el hombre más inteligente y el más preparado es un error. Es como pensar que un señor porque vende más libros es el mejor novelista. El señor Suárez debe tener unas virtudes para ser presidente de Gobierno. Es muy astuto, es muy simpático. Como yo soy duro con él muchas veces escribiendo, le dije hace poco en una carta, que yo en política no tengo ningún rencor. Me ha costado muchos años tener un corazón sin amargura y sin resentimiento. Tengo una buena memoria, como debemos tener los liberales, una gran memoria histórica, pero también para olvidar, para olvidar los favores que hacemos y para olvidar los agravios que recibimos. Y yo le escribí el otro día al presidente y le decía: presidente, no hay nada personal en contra tuya, yo creo que has cubierto una etapa importantísima y que en esta segunda etapa puede ser que no seas el hombre más apto y le decía (con esta referencia un poco literaria que a ti te

Areilza quiso que Santiago Nadal, Valls Taberner y Senillosa llevaran la causa monárquica en Cataluña. «Yo no le conocía de nada y no le miraba con gran simpatía.»

gusta y a mí también, y que a él supongo que no le debe gustar tanto), le decía: yo quería que mi pluma fuera como la lanza de Aquiles, que después de herir curaba.

-Ahora vamos con Felipe.

-Es un hombre listo, simpático. Creo que es un poco endeble, o sea, que le falta fuerza; a mí me recuerda, con todos los respetos, a un maletilla.

-Carrillo.

-A Carrillo hay que hacerle un homenaje por lo que ha hecho en la transición. Ha sido un hombre realmente necesario, con todo el riesgo que tiene el tener un cierto aire de león amaestrado, que pasa por un aro con la bandera española y con el fuego encendido y él salta haciendo volatines. Carrillo ha sido un hombre muy importante y creo que los poderes fácticos -que es como llaman al Ejército los que no tienen agallas para llamarlo por su nombre- tendrían que ser conscientes de que con la legalización del Partido Comunista se legalizaba, más que un pasado a veces cruento, un proyecto de futuro.

-Y acabamos con Tarradellas.

-Un hombre muy conveniente, porque juntaba -yo que soy institucionalista con la institución monárquica- el poder histórico y los derechos históricos, si es que había unos derechos, con el poder de la actual legalidad. Unir lo histórico con lo actual era muy conveniente, es lo que ha sucedido también con el Rey. Este hombre fue una «trouville» que todo el mundo se atribuye. Le dijo el otro día a Alfonso Osorio: «Si yo estoy aquí es porque usted me trajo». En fin, Osorio es también de los que le trajo. Sentís estaba muy molesto porque él decía: «Si fui yo». Y Ortíz... En fin, todo el mundo. Todo el mundo le trajo. Y quien le trajo fue el Rey. Creo que Tarradellas tenía un poder en la calle y todavía lo tiene y no estoy muy seguro de que haya sido bueno desperdiciar antes de tiempo a Tarradellas.

-Claro: todavía es muy joven.

-Sí. Es un hombre que piensa: cuando yo sea mayor y cuando yo sea viejo, ya me retiraré. No olvides que en las épocas de crisis la gente busca un poco al padre, al señor que no comete locuras.

-A propósito de padres, ¿conociste a Franco?

-No. Probablemente hice mal y fue por puritanismo. A estas personas hay que conocerlas. ■ V.M.R.